

Antonio Bórquez Solar

Bizarrías de Antaño

III

DE LOS ANGELES A SANTIAGO

1896.—Este fué un año fecundo en actividades, pues al mismo tiempo que ejercía el magisterio y con mayor fervor continuaba en el sacerdocio lírico, tomé parte muy activa en la elección presidencial. Pasé lista de presente en las filas de don Vicente Reyes, desde el momento en que le dirigí una carta en «La Ley», tan entusiasta como sincera, que me valió una feroz dentellada de un mastín de corral grande, de Diógenes de «El Porvenir». Es particularmente interesante recorrer en «El Progresista» de la época todas las facetas de esta campaña, muy indicadora de mi fervor juvenil. Verdad que jamás he tenido el más pequeño temor para decir la verdad, mas en aquel tiempo fui temerario. ¡Bien pagué al fin mi temeridad! Que no sea este el lugar pertinente, no estará demás decir, sin embargo, que después de más de un cuarto de siglo de abnegados servicios al partido radical, como fundador de asambleas, en la prensa, en el comicio público, en el libro y en toda suerte de propaganda, yo puedo declarar que mi partido es uno de los más ingratos. Es doloroso hacer la nómina de los que le sirvieron denodadamente durante la vida entera y que yo he visto rodar a la tumba denodados y paupérrimos. Por esto mismo hay que admirar en cada afiliado del partido radical a un héroe, que el

que va a militar bajo sus banderas sabe, por de contado, que no sólo tendrá que sufrir ataques, persecuciones y golpes rudos de los naturales adversarios, y de una sociedad pacata en la que la gazmoñería lleva la cruz alta, sino que ya también sabe que la ingratitud le ceñirá a la postre punzante corona de espinas.

En este año 96 *Tatin* (Benjamín Vicuña Subercaseaux) escribe en «La Ley» un artículo, «Lo que deja Verlaine», a propósito de la publicación de «Invectivas» del poeta, y en él me cita como el primer *decadente* cuyo maestro es *Pauvre Lelian*. No hago este recuerdo a humo de pajas, sino para añadir un nuevo documento y comprobar como he sido el primer innovador en la lírica nacional, desde que *decadente* en Chile, como en toda Hispano-América, era sinónimo de revolucionario en la métrica y en la lengua poética, especialmente.

A medida que mi nombre iba conociéndose en el país por uno u otro modo, sentía que mis alas crecían y al crecer y extenderlas chocaban contra los fierros de mi jaula. El alma me dolía. Muchos versos de ese tiempo están llenos de mis ansias, de mis clamores e imprecaciones, y hasta la fecha los conservo sin publicarlos en libro. Violentos los más, desordenados, pero enérgicos, revelan el estado de un espíritu joven, atribulado y contradictorio. Voy a transcribir los que se titulan en el original

•HARPEGIOS BRONCOS•

Venga mi harpa soberbia,
esa que sabe endechas soberanas.
Voy a arrancarle luego
los versos que conmuevan a las almas.

Venga mi harpa soberbia
que sabe el ritmo de las verdes ramas
y que llora y que ruje
las estrofas que pasman...

Ya irrumpen los preludios formidables
de las orquestas que hablan
del beso temblador de las mujeres
cuando fervientes aman.

Ya principió los coros
de las gentiles hadas
que tienen sus palacios refulgentes
en la verde enramada.

Oro son las espigas
y poesía son los panoramas.
Son como versos de sonantes rimas
la tierra, el mar, la escarcha.

Aquestos los bordones
de mi harpa soberana
son de las fibras de mis nervios rudos
y el dolor de la vida siempre cantan.

Saben el himno de las bellas diosas
que con amor batallan,
vibrante en las pupilas
la luz de la pasión que nada apaga...

Son felices los zingaros
cuando sus sueños matan
en sus tristes orgías
donde se beben lágrimas...

Pero no! No cantemos con tristeza.
Triunfe, triunfe la danza!
Es un gran dios el vino.
¡Es un rey el que ama!

El andrajo es la púrpura
cuando en vino se empapa.
La bacante es hermosa
cuando delira con licor de parras...

Ya no tiene alegrías
esta mi vieja y resonante harpa;
tienen la culpa todas
mis peremnes nostalgias.

Mujeres, vino, amigos
y febricentes danzas
nunca alegran mis horas,
¡nunca alegran mi alma!

Con todo, no eran permanentes estas melancolias; a ellas sucedía una exaltación del espíritu y un propósito de lucha por ideales superiores. Era en estos momentos cuando renunciaba hasta del amor, que desde que nací me hizo *galeoto a la concha de Venus amarrado*. Entonces decía yo

•A UNA MUJER•

He cantado el amor cuando demente,
ebrio con el aliento de una boca,
he sentido temblando aquí en la frente
el beso rumoroso que provoca.

He cantado el amor cuando olvidado
que vivir es luchar aquí en la tierra,
y falto de mis fuerzas y menguado,
dejé en el campo mi pendón de guerra.

Que goce del amor y del sosiego
el que nació apocado o fué cobarde,
no aquel que entre relámpagos de fuego
lo encuentran las auroras y la tarde.

Para éste el Dios de las alturas hizo,
para este luchador, para este atleta,
un jardín en el cielo, un Paraíso
con todas las huríes del profeta.

Yo soy mujer, el luchador potente:
oigo la voz de amor y la rechazo...
Si acaso triunfo posaré mi frente
al final de mi vida en tu regazo.

* * *

Por lo que respecta a mi campaña doctrinaria y política de aquellos días, debo consignar que recibí un aplauso y un estímulo poderoso que me confortaron muy hondamente: don Valentín Letelier se dignó, sin conocerme, enviarme su libro que acababa de publicar, «La Lucha por la Cultura», con una hermosa dedicatoria, *como un testimonio de aprobación por mi valentía cívica*. Por otro lado, los mordientes corrosivos de la maledicencia y de la envidia se compensaban con las cartas de los amigos extranjeros, como las del peruano José María Barreto, que aún conservo. Barreto editaba en Tacna una revista modernista, «Letras». Me pidió colaboración y con gusto publiqué en ella verso y prosa. Por el mismo tiempo, José Santos Chocano, en Lima, me contaba entre los colaboradores de otra revista, «La Neblina», famosa porque contó entre sus redactores a muchos de los que hoy son honra y prestigio indiscutibles del Perú. El primero, entre palabras elogiosas y admirativas de camaradería literaria, me llamaba con una palabra que a fuerza de sobajearla el vulgo ha perdido ya su valor, *Exquisito modernista chileno*. En otra carta me aconseja:— «Ojalá fueras a Santiago a batir y a derrotar a aquellos viejos, ya caducos, enemigos de nuestro modernismo».

Nótese que fuera de Chile no se nombra ningún modernista de Santiago. Entonces estaban en el limbo, en su obscuridad bien merecida, los mínimos y pretensos escritorzueros que están completamente ayunos de esta verdadera historia. Bien es verdad también que los torcidos y sórdidos intereses son curvilíneos como reptiles y tienen astucias de vulpejas. Y quién iba a atreverse en Santiago a hacer entonces profesión de fe modernista. Esto era lo que me estaba reservado, a mi solamente.

Y este era el tiempo en que subía a la Presidencia, que le correspondía por el voto popular al eminente ciudadano don Vicente Reyes, el regocijado feudatario del Huique. Tenía «El

Pan del Espíritu» el hoy florista don Cosme D. Lagos, y Julio Vicuña Cifuentes, que hacía versos, o los perpetraba, estaba más lejos de la poesía que la tierra lo está de Aldebarán. Al poeta Magallanes Moure le vino mucho más tarde el florecimiento; pero muy mucho después de que yo me manifestara en mi «Campo Lírico» arcipreste de las musas en este país. Sostener lo contrario revela profunda mala fe o inanidad espiritual.

No me negaréis ahora que si es penoso algunas veces el desconocimiento del vulgo, la incomprensión del filisteo o el pinchazo adversario, son perfectamente vacuos y despreciables el clamor de la envidia y el chillido del eunuco. Pero lo que es más repugnante, porque es mezquino y rahez, es el desconocimiento mal intencionado del mérito y del talento; y si esta negación se hace por lisonjear ajenas vanidades, al amigo o señor del cual se espera alguna retribución, como el turco buhonero que lo *da todo a cuarenta*, entonces cuán digno de compasión es este mínimo lisonjero en quien se adunan y compenetran lo turiferario y lo truhán.

Si bien se examina mi producción lírica de este año, se verá que la mayor parte es nítida y fácil, que son contadas las que pueden llamarse modernistas. Delicados sentimientos de la naturaleza y de la vida están palpitantes en aquellas poesías, con las más sencillas palabras y en los metros tradicionnles. Cuando hable de mi primer libro publicado, demostraré bien que esto es verdad.

* * *

Y llegó el año 1897. Los meses de vacaciones, Enero y Febrero, fueron los más hermosos de paseos y fiestas campesinas; los pasé en el fundo «Los Alamos». En este tiempo ejercité mi prosa en la descripción de todo lo que me llamaba la atención, en paisajes, faenas agrícolas, costumbres rústicas, etc., y llegué a formar un pequeño libro, algunas de cuyas páginas vieron la luz en la ya mencionada revista «Letras», de Tacna. El director de ésta tanto gustó de estas páginas que quiso editar el

libro. Las cartas en que palpita tal entusiasmo por mis prosas, también las conservo con el cariño con que se conservan los documentos de importancia. ¿El nombre? Está bautizado con uno raro, propio en aquel tiempo para asustar y espantar a las graves orejas doctas: «Pliegos Glaucos». De vez en cuando, como con timidez, asoma entre los paisajes campesinos de que hablo, la amapola roja del hermoso amor. Leed:

«He aquí que ha llegado el Domingo y que el ave negra de mis negras horas ha muerto. He sentido carcajadas armónicas en los bosquecillos de flor exuberante y salvaje, y estremecimientos de placer en mi alma.

Porque ella ha aparecido ante mí como una ninfa de estas regiones exóticas.

Trae como un heraldo de la buena nueva cadencias rítmicas en su paso y fuego de ternura en sus ojos renegridos.

Y es blanca como la flor del manzano y ríe con el gorgorito de un jilguero que ama. Y sus cabellos son negros como la pluma del tordo. ¿Quién es ésta que aparece como un ensueño fantástico y viene con su luciente séquito de atractivos y con su ejército de ilusiones?

A su paso florecen las amapolas, tiemblan los deseos y se vislumbran los azahares de los limoneros que blanquean en la corona de las desposadas virginales.

Yo la diera por peana de sus pies, si pudiera, mil corazones inflamados por el fuego del dios Eros.

Y su cintura es flexible como un junco y sus caderas tienen la comba encantadora y triunfal de la línea praxitélica.

¿Quién es ésta que me trae un bálsamo para mis heridas? ¿Quién, que viene a aplacar la sed de Tántalo, a ayudar a este Sísifo? ¿Quién, que viene en nombre del dios de la vida?

He aquí que yo la adoro y le rindo culto como a una divinidad. He aquí que quemo ante ella todos mis ídolos como el viejo rey franco redimido por el buen obispo de Reims.

Hasta aquí. Al reer estas páginas el recuerdo es tan vivo que me entristece, y porque la adorada niña la perdí para siempre. Sus hijos no me llamarán padre jamás. Puede notar

el espíritu sagaz en esas escrituras la influencia de los profetas. Ya sabía yo, porque Hugo me lo había enseñado, que así como toda la mar es sal, la Biblia es toda poesía.

Los únicos versos de esta temporada veraniega fueron los que siguen, nunca antes de ahora publicados:

Todo es luz, armonía y colores
en los valles, colinas y lomas,
y perfuman las fúlgidas flores
y se besan las blancas palomas.

Resplandece la espiga madura
como el bucle sedeno de oro.
Brilla el sol que los cielos púrpura.
Es el campo un inmenso tesoro.

Como un leve murmullo se siente
De mil genios que baten las alas.
Hay albores de cisne en la fuente
y en los prados espléndidas galas.

Y preludian, profundos y vagos,
sus cadencias de notas extrañas
los azules y diáfanos lagos,
allá al pie de las verde montañas.

Y como harpa modulan los álamos
himnos rotos de besos esquivos
con la música azul de los tálamos
de compases radiantes y vivos.

Aquí mueren los locos anhelos.
Aquí mueren los ayes del alma;
más hermosos se muestran los cielos,
los crepúsculos bellos en calma.

* * *

Después hice un paseo a la famosa catarata del Laja y otro a Yumbel. Terminadas las vacaciones volví a mis clases y con más ardor a las que ya denominaba *mis santas escrituras*. Recibí por este tiempo una carta de Rubén Darío, fechada en Buenos Aires, en que me anuncia su obsequio de «Prosas Profanas», que no llegó a mis manos. En Abril de este año 97 Domingo Contreras Gómez fundaba en Concepción la primera revista modernista de Chile, «La Bohemia», y de la cual yo fui, naturalmente, el primero y el más entusiasta de sus colaboradores. Aunque de efímera duración es de trascendental importancia esta publicación penquista. Por ello su fundador no será echado en olvido cuando se haga la verdadera historia de la literatura nacional. Un tal acto de valor y de protesta contra la tiranía de los dómines y de los Zoilos, en un tiempo de estancamiento literario, por un lado, y por otro enfrente de la incapacidad mental de la gran mayoría, no sólo implica un magnánimo corazón sino que revela excepcionales energías de abnegación y de inteligencia.

De estancamiento literario he dicho, y reafirmo ahora, delante de quien ignorando las cosas ha sido osado a sostener que no lo fué aquel tiempo, porque en él vivían don Guillermo Matía, don Eduardo de la Barra y don Luis Rodríguez Velasco. Ciertamente vivían; pero la obra lírica de cada uno de ellos estaba terminada y, literariamente, no existían, porque ningún canto se escuchaba de ellos. A mayor abundamiento puedo decir que por estos años a que me refiero, y especialmente el 97, en Santiago, se hacían laudables esfuerzos por levantar a los espíritus de la postración y adormilamiento en que estaban: entonces se fundó un centro intelectual de jóvenes fervorosos del Arte y que se llamó «La Flecha». Este centro editó un periódico con el mismo nombre y llamó a un certamen a los escritores y poetas. Tal vez pudo haberse originado este movimiento en el entusiasmo que despertó la publicación de «Ritmos»

de nuestro gran lírico Pedro Antonio González, hecha en el año anterior.

Tuve yo el placer de recibir «Ritmos» de manos de su mismo autor. En Diciembre del 96 hice un viaje rápido a Santiago. Fuí a «La Ley» a visitar a Marcial Cabrera Guerra. En su cuartito de redacción me presentó al poeta. La impresión mía fué imborrable. González me estrechó la mano con fuerza aquella noche. Le vi por primera vez, con su rostro pálido, el bastón que descansaba sobre su pecho, el cigarrillo inacabable en los labios, todo él envuelto a ratos en una espesa nube de humo. Su sonrisa apenas se notaba entre la negrura de la barba.

Cabrera sacó de uno de los cajoncitos del escritorio el libro «Ritmos», que ya sin conocerme personalmente me tenía dedicado su autor; a él se lo pasó: el poeta me lo dió jovialmente. Grande fué mi emoción, porque comprendí bien claro que el primero de nuestros líricos me estimulaba así en mi obra que él conocía y aplaudía *con efusión fraternal*, como estaba escrito en la dedicatoria.

Fuimos, en seguida, a un bebedero de la Alameda, a la entrada de San Diego. Pronto aquí nos dejaron Cabrera Guerra y Grez Padilla. Este abogado que ha adquirido recientemente cierta celebridad defendiendo causas criminales, era por aquellos años un primoroso versificador. A las doce de la noche nos fuimos, el poeta y yo, a la «Torre de Eiffel». Aquí supe que se divertía todo el que quería y como quería. Por primera vez en mi vida entraba yo a un establecimiento semejante. En un reservado nos aposentamos y las horas se deslizaron rápidas. Esta cena es memorable para mí, porque González, desde el primer momento, se me manifestó sencillo y espontáneo, como lo fué toda la vida conmigo, fervoroso de mis insurrecciones y bazarrias; porque brindamos por nuestra amistad perdurable y fraternizamos en la divina religión del arte. El me contó que su libro «Ritmos» debía su publicación a Cabrera Guerra, que le quitó sus manuscritos, que le obligó a entregarle sus poesías y que pagó al impresor con las erogaciones.

ciones de dos o tres amigos opulentos. Debe, pues, la literatura chilena a Marcial Cabrera Guerra qué gran servicio, porque sin él el poeta no hubiera publicado nada jamás.

A ratos, cuando el mozo llegaba a renovarnos el café, nos llegaba del exterior, de los cuartos vecinos, el rumor báquico con jirones de una música de cuerdas, adolorida y vulgar, risas femeniles, o un vozarrón que llamaba al fámulo. Al cerrarse la puerta todo aquello no lo sentíamos y reanudábamos el hilo interminable de nuestra charla y de nuestros sueños. En un raptó de entusiasmo pedí papel y pluma e hice cuatro serventecios en honor y homenaje de González. El poeta se enterneció, las pupilas se le velaron con la humedad de las lágrimas delatoras de la espiritual emoción, y me pidió sus «Ritmos» y en la última página del libro escribió con mano temblorosa pero resuelta:

— «Siempre he creído que los improvisadores eran unos versaineros, tipos incapaces de crear; pero he aquí que Bórquez Solar me desengaña...

¡Porque tú has improvisado con inspiración! Por esto te estrecho la mano como a un compañero, más aún, como a un hermano espiritual... Mañana hablaremos, etc.»

Con qué agradecimiento tan grande recibí de nuevo el libro. Las líneas que había escrito el poeta las estimaba yo como una ejecutoria de nobleza. Era el reconocimiento superior al que yo podía esperar... ¡Oh dulce emoción de mis días iniciales!

Al clarear el alba, con las primeras luces del día, nos despedimos. Yo llevaba vibrando en mis oídos las cariñosas palabras que había escuchado y me sentía reconfortado para seguir guerreando, con mayor fe en el triunfo, por mi Arte, por la Poesía... Me formé entonces el propósito, que he cumplido tenazmente, de no cejar ni ante las iras del adversario, ni ante la incomprensión del filisteo, ni ante la envidia del eunuco.

De vuelta a Los Angeles conté a todos mis amigos la entrevista con González y mostré orgullosamente el autógrafo. Con la reapertura de las clases y otras graves preocupaciones dejé un

poco de la mano las tareas literarias. Hay una que otra poesía de este tiempo.

Advertencia.—Tengan presente mis benévolos lectores que estas *Memorias* fueron escritas hace diez años. ¡Diez años ha que esperaban el *fiat lux!*